

A TIENTAS

capítulo I

zoología

BBA - UNLP

*Se escribe igual que el amor,
entre las sombras y a tientas.*

Guillermo Pilía

"A TIENTAS": MANUAL DE USO

"A tientas" es un Proyecto de Producción Artística del BBA que apunta a publicar y difundir producciones literarias, ilustraciones e historietas de alumnos de la escuela, en un envase que sea, a la vez, un objeto estético en sí. Ahora tiene en sus manos el primer producto, el Capítulo Uno. No lo catalogue: no es una revista institucional, ni un librito, ni un fanzine, ni una publicación informal, aunque conjuga un poco de todos ellos. No le busque coherencia (sabemos que usted tiene cierta tendencia natural a establecer relaciones de causa y efecto, que se rebela contra todo aquello que se presenta como inmotivado): "A tientas" pretende romper con los esquemas y las clasificaciones sistemáticas, con las series, el orden y los encasillamientos. Igualmente, no sea ingenuo, no nos subestime: detrás del caos, hay un orden, un equilibrio entre las producciones literarias y plásticas, entre el contenido y la forma, entre el texto y el paratexto, un equilibrio tan velado que quizás nadie logre verlo. Léalo en el sentido que prefiera: de principio a fin o viceversa, completo o en forma fragmentaria, saltando arbitrariamente por sus páginas o con una tenacidad rigurosa. No se preocupe: nadie lo va a juzgar.

Este recorrido hemos elegido hacerlo así, con incertidumbre y sorpresas, en busca de un producto final que no fuese exactamente el premeditado. Una

búsqueda a tientas, con imprevistos y hallazgos, que no termina en esta publicación: recién comienza. Lo invitamos a formar parte de este itinerario. Primera escala: Zoología.

A PROPÓSITO DE ZOOLOGÍA

En los bestiarios medievales, los animales -fabulosos o con atribuciones descabelladamente fabulosas- aparecían agrupados según el ámbito de pertenencia: telúricos, acuáticos, aéreos, ígneos. En una famosa -o quizá no tanto- enciclopedia china llamada *Emporio celestial de conocimientos benévolos* se propone una clasificación diferente. Allí, los animales se presentan divididos en:

- a. pertenecientes al Emperador
- b. embalsamados
- c. amaestrados
- d. lechones
- e. sirenas
- f. fabulosos
- g. perros sueltos
- h. incluidos en esta clasificación
- i. que se agitan como locos
- j. innumerables
- k. dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello
- l. etcétera
- m. que acaban de romper el jarrón
- n. que de lejos parecen moscas

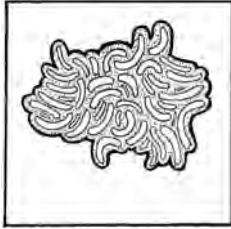
Hay algo que no escapa a la percepción del lector perspicaz, y es el ingenio desbordante que se desprende de esta curiosa catalogación, lo que no quita lo acertado y riguroso de su criterio. Con un espíritu semejante, hemos seleccionado algunas de estas

categorías para organizar nuestro muestrario zoológico, un muestrario incompleto y menos ambicioso, que presenta monstruos autóctonos y bichos raros, pero también bestiales hombres domésticos, bichos comunes que no es raro "que parezcan moscas".

G. R.

QUE SE AGITAN

COMO LOCOS



LA MUDANZA

A la casita llegamos a las nueve de la mañana. Con el piano se terminaba la mudanza y ¡ahí estaba! Sobre la alfombra con arabescos naranjas y marrones. Tenía un poco de polvo pero de eso ya se va a encargar Carmelita. Los muebles celestes de la cocina me enamoraron. Se podía oler aún el barniz mezclado con los jazmines que adornaban la mesa del comedor. La de algarrobo que nos obsequió la madre de Víctor, por supuesto, lustrada a nuevo como se lo prometí a la señora antes de que dejara este mundo, Dios la tenga en la Gloria. La habitación es perfecta, podría quedarme en esta cama todo el día si no hubiese tanto por hacer aún. Me da pena no ayudarla a Carmelita con la mudanza, además todavía tiene que instalarse..., nada mal su lugarcito, eh, es un altillito apartado con un tragaluz enorme donde entran a la perfección la cama y su baúl de viaje. Va a estar cómoda ¿Para qué necesita más espacio si ese baulito es su única pertenencia? Pobre nena..., tal vez le regale uno de mis vestidos floreados..., de todas maneras, dentro de poco no voy a entrar en ninguno de ellos por más hermosos que sean sus estampados. Lo único que me disgusta de la casa es que, por momentos, hay correntadas de aire frío y me dan escalofríos. Y con la llegada del invierno seguro empeorará. Tengo que avisarle a Víctor para que encuentre esos chifletes ahora mismo, antes de que vengan épocas más frías, en mi condición no creo que sea muy saludable. Escucho a Carmelita acomodar la vajilla, mejor voy a supervisar eso antes de que se rompa un plato de porcelana de la madre de Víctor.

Nada mal, la verdad que nada mal. Elisa parece contenta con la casa. Está muy alterada, no

para de correr de acá para allá, dándole indicaciones a la pobre Carmelita que sólo tiene dos brazos para acomodar todo como ella quiere. Carmelita...Ya quince años..., cómo ha crecido..., pensar en cómo me tiraba del saco y me miraba con sus ojitos de pocillo de café para que la sentara en mis rodillas y le mostrara una por una las fichas de ajedrez y ahora ¡ya casi tiene mi altura! A veces Elisa la vuelve loca. Espero que no me tenga así el viejo Túñez contando vacas porque yo no voy a tener la paciencia de esa mujercita. Recién vino de nuevo con el cuento de los chifletes, ¿qué correntadas? Creo que las hormonas le están haciendo sentir cualquier cosa. Yo ya no sé qué decirle para que se calme... Ahí va Carmelita, cargando la cama sola... ¡Se va a matar! Dios mío, a estas mujeres no hay con que darle. Espero me salgas varoncito, campeón.

Cuando vi el altillito salté de la alegría: ¡todo mío! No tenía que compartirlo ni con la Sara ni con la Susa. Encima todo ese solcito que entra por el tragaluz es tan confortable..., me quedaría mirando esa ventanita todo el día. Voy a pedirle a la Señora Elisa a ver si no me deja pintar el altillito de verde. Pero no cualquier verde, ese medio azulado, el de la cocina de Brigitte Bardot que vi en la revista, pero yo lo tendría en mi altillito, porque si tocás una fruta en la cocina de la señora se pone bordó de lo furiosa y empieza a revolear chirlazos. Recién estaba subiendo la cama y ¡pucha que pesa! Por suerte enseguida vino el señor Víctor y me ayudó para que no me rompa nada. Me dijo que ya era toda una mujer pero que la mujer es frágil y necesita de los hombres. Tiene mucha razón, por eso lo quiero tanto a Don Víctor, por las cosas que me enseña, como mi papá cuando me enseñaba a sacar el centro del caracú

de un soplo.

Listo, ya está todo en orden como me gusta, no le falta nada a la casa. El otro día le regalé el vestido a Carmelita, ¡si vos vieras cómo se puso! Le dije que vaya a arreglarse el pelo y a ponérselo, así salíamos a dar una vuelta al pueblito. Claro que después me agarraron estas malditas indisposiciones y tuve que quedarme haciendo reposo. Estaba tan ilusionada que le dije a Víctor que la lleve igual. Antes de irse, me dijo algo del altillito, que lo quería pintar de verde o algo así. Me parece ridículo pintar un altillo pero... si a ella le gusta qué le vamos a hacer, al final es tan trabajadora que me dio pena decirle que no. La buena noticia es que las correntadas desaparecieron. Víctor me dijo que no hizo nada, pero para mí me quiso dar el gusto, es tan testarudo que no quiere que una mujer le dé órdenes. Ay, Dios mío, no puede con su genio.

La señora me regaló el vestido de florcitas rosas, ése que siempre le miro como si me lo fuera a comer ¡Ahora es mío! No me quedaba como a ella porque ella es elegante y camina prolijito pero ya voy a aprender yo a que me quede así de bien. El señor Víctor me llevó a dar una vuelta para que lo luzca por el pueblo, me tomó de la cintura y me presentó a sus amigos. Eran muy graciosos, pero yo me contuve para no lanzar esas carcajadas mías porque una señorita con clase se sonríe y nada más. Cuando volvimos a la casa el señor me dijo que había disfrutado mucho el paseo y yo le respondí que también. Es todo un caballero el señor. Estaba un poquito más caluroso, seguro la señora había encendido la salamandra porque está perseguida con el tema de los chifletes. Pero cuando la fui a apagar

estaba fría. Seguro es el sol, que pegó toda la tarde sobre las ventanas del living.

Hace un poco más de calor en la casa, espero que con esto Elisa deje de molestarme con el tema de las correntadas. La verdad que hasta que Túñez no baje el codo, no nos podemos dar grandes lujos, y menos llamar a alguien que nos tape los chifletes. Ya bastante que puse aceite en todas las bisagras de las puertas: mi tarea de la semana, como hombre del hogar, está cumplida.

Primero las correntadas, ahora este calor que no se sabe bien de dónde sale, va y viene, y no soy yo, eh, no estoy loca. El otro día intenté hacer bombones... ¡Todos derretidos quedaron! La casa será muy linda, pero tiene bastantes problemas de ventilación y temperatura. Esto no estaba en el contrato. Víctor sólo se dedica a hacer comentarios hoscos y a despreciarme; no sé qué le hice, se ve que el calor le está empezando a afectar a él también. Carmelita está recibiendo todos mis reproches. Pobrecita, no se lo merece, ella no tiene la culpa. ¿A dónde va que lo escucho llegar tan tarde?

Loca, esta mujer está cada día más loca. Sí, yo también siento el calor y sudo como un cerdo, ¡pero no lo ando gritando a los cuatro vientos! Es la cuarta vez que llego del bar pasada la una. No quiero volver allí, con ella..., tampoco la quiero dejar a Carmelita cargando con el peso de "los calores" de mi mujer. Pobrecilla, recién mujer y ya tan adulta. Volví del bar, deben ser eso de las dos. Me metí en la cama y me di cuenta de que ni se percató de que yo me encontraba ahí.

¡Qué mal dormí ayer!, son estos calores que no dejan de subir. Ayer me la pasé abanicando a la señora con una hoja de palma que encontré en el fondo. También yo me mojo con un trapo porque la verdad parece que fuera 31 de diciembre. Ay, me duele el cuello, ¿qué es esto? Parece una picadura, pero no..., es muy grande para ser de bicho...

¡Otra vez las dos de la mañana! Dios, si no me saco el traje enseguida cuando llego ya lo mancho de sudor ¿Será posible? No quiero darme otra ducha fría, me la di esta mañana. ¿Estará despierta?

Sé que está ahí, hace noches que está ahí. Cerca muy cerca. Con este calor, nadie quiere estar tan cerca, ¿verdad? La garganta está pastosa, tengo que ir a tomar un vaso de agua, si me muevo se dará cuenta de que lo sé, y todo se termina. Casi no respiro del calor, como si me presionara el pecho una mano caliente.

Cuánto estoy sufriendo, ¿por qué a mí? ¿Qué le hice yo? No quiero que me toque nunca más, no después de lo que hizo. ¿Y qué pensará ella? No quiero saberlo. Moje la cama del sudor y, por más que los humedezca, los labios se me resecan a cada minuto. Si me voy, ¿a dónde iría? Con este calor me desmayaría a las dos cuadras ¿Quién me creería?

Siento el agua, caliente también, ¿qué, no hay respiro de este agobio? Con furia tiro la olla apoyada en la mesa. El acero también estaba caliente al tacto. Cuando la voy a levantar, ahí estaba ella parada, ¿qué hacés con eso? Dejalo ahí. Es el calor que te va a hacer cometer una locura. Vamos, dejá eso ahí y hablemos como personas civilizadas.

Su último aliento fue caliente y tenía olor a alcohol. La mano todavía le temblaba un poco y por la frente le corrían las últimas gotitas de sudor. Me miró por última vez y supo que se había equivocado al juzgarme. Que yo no era ninguna tonta. Sus ojos de borracho se quedaron quietos por fin. Lo hice por mí y por ella. De repente, sentí en mi cuello húmedo cómo la correntada de aire frío secaba las gotitas de sudor.

IRENE CARRERA



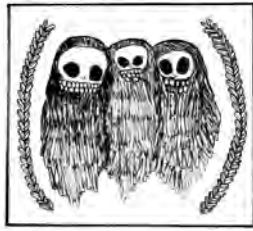
Los veo repetirse
como péndulos
de bronce ronco.
Y algo me dice
que los días se reducen a eso
ir y volver
entrar y salir
ir y volver
como una larga bufanda

IVÁN MINDLIN





EMBALSAMADOS



Por alguna razón
el hollín llega a las flores del camino
y las canciones que tarareo
se añejan
mientras empalidecen las puntas de mis borcegos.
Así se viven los días templados

IVÁN MINDLIN

EL HOMBRE QUE QUERÍA SER GRANDE

El hombre es demasiado grande para el mundo, el mundo es demasiado grande para el hombre. El hombre que está parado junto al cerro y que lo ve enorme; el hombre que está ahora sobre el cerro y lo observa diminuto.

¿Qué es un hombre al lado de un cerro? ¿Qué es un cerro al lado de una montaña? ¿Qué es una montaña al lado de un planeta? Son todos pequeños para el hombre que, en su pequeña cabeza, encierra una enorme perspectiva donde todo es pequeño e insignificante. Donde todo se vuelve importante de repente.

El hombre que está sobre el cerro quiere hacer algo grande, más grande que el cerro, pero más chico que el hombre. No quiere perder su tiempo, porque el tiempo no tiene tamaño y eso le da miedo al hombre.

Quiere crecer y ser más grande que cualquier otro, quiere empezar de inmediato y no sabe por dónde. El hombre piensa y piensa, pero nada es lo suficientemente bueno para él. Incluso las cosas que alguna vez le parecieron admirables ya no son nada al lado de lo que se imagina que puede lograr. Quiere ser más grande que el cerro, pero el cerro no lo deja, tampoco lo dejan los otros hombres, tampoco lo deja el tiempo.

El hombre se incorpora y comienza a caminar, tal vez así lleguen las ideas, tal vez pensando llegue su grandeza. Cree que ha esperado mucho tiempo y decide irse del cerro. Decide que no es lo suficientemente grande para aquella vida.

El hombre quería empezar, pero no sabía por dónde. No era el cerro quien no lo dejaba, ni eran los otros hombres, ni era el tiempo. Era él: hombre.

IRENE ORLANDONI







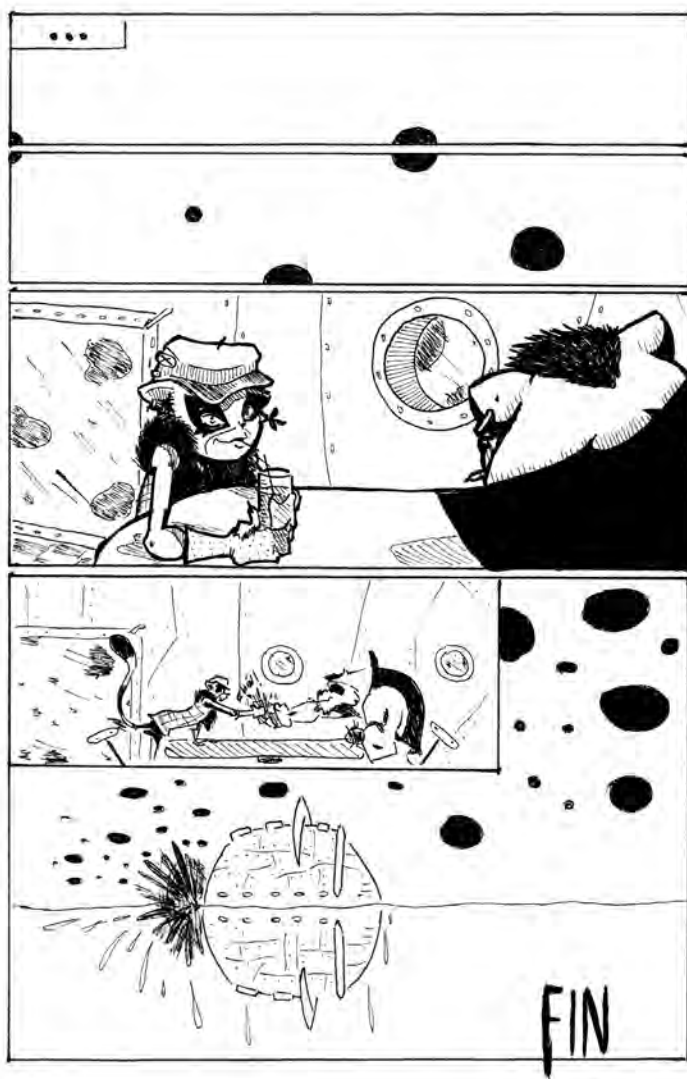








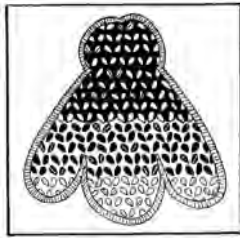




Les pido a las letras
que cobren sentido
más allá de
sus rectas y curvas
Refracten
lo poquito que viví
para
sentirme
la pequeña huella
de un animal extinto

IVÁN MINDLIN

QUE DE LEJOS
PARECEN MOSCAS



ZORRO GRIS

*How many roads must a man walk down
before you can call him a man?
Yes, 'n' how many times can a man turn his head
pretending he just doesn't see?
How many times must a man look up
before he can see the sky?
The answer my friend, is blowin' in the wind.*

Bob Dylan, 1963

Ya habían caminado al costado de la ruta. Ya se habían sentado doscientos metros antes de su destino, en la parada del micro de larga distancia, a comer los sándwiches que les había preparado su madre. Ramiro ya había sonreído maliciosamente cuando el chofer procuró no parar en donde ellos estaban para que bajaran chicas llenas de mochilas. Ya había oscurecido en el monte y apenas podían verse las caras. Sin embargo siguieron caminando hasta el enrejado metálico que los separaba del bosque.

Cuando chocaron con el alambrado, lo siguieron hacia la izquierda como si fuese un río. Ramiro estaba buscando una parte que sabía que estaba rota desde que al dueño se le escaparon los caballos. Saltaron el alambrado: Franco primero, después su mochila, la escopeta del padre y, finalmente, Ramiro mismo.

Franco caminaba tres o cuatro pasos atrás de su amigo, sabía que así le resultaría mucho más fácil escaparse en caso de necesitarlo. No le gustaba estar ahí, no le gustaba lo que tenían que hacer, no le gustaba la manera de hablar de Paula que tenía el chico. Por primera vez su amigo le daba miedo.

-¿Viste ayer a Paula?

-No.

Mentía. Sí la había visto. La veía todo el tiempo.

-¡No! ¡Tenías que verla! Vino al colegio con una camisa blanca. ¡Se le veía todo, chabón! ¡No te miento! Es tan puta- Ramiro gritaba sobre el ruido del agua. Franco le propuso buscar el río.

-No es un río, no hay ríos por acá, pero podemos buscar el agua. Seguro que hay animalitos en el agua.

-Bueno, tampoco es tan puta.

-¡Qué no! Me dijo Julián que la vieron todos. ¡Se rio cuando le dije que nosotros no! ¡En bolas, pibe! ¡En bolas! En una fiesta, creo. Supongo que estaba en pedo.

Franco tropezó, Ramiro se rio con una risa clara, tirando la cabeza para atrás, y le dio la mano para que se levantara. Se había caído por ir viendo los árboles. ¿Cuántas veces se lo había repetido su padre? Primera ley del monte: siempre mirando el suelo. Nunca, nunca debía importarte otra cosa.

Siguieron caminando. Ramiro pensó en lo que le diría Walter si supiera que se había llevado la escopeta.

-¿Qué te dijeron tus viejos de esto?

-Nada, no les dije. En realidad yo tampoco sabía, yo también creía que iba a dormir a tu casa y nada más.

-Pero vos sabías que íbamos a caminar.

Doblaron a la izquierda otra vez y entre los árboles vieron el río. A Franco lo tranquilizó, nada malo podía pasar cerca del agua.

-¿Vos conocés el mar?

-Esto no es el mar, Fran, tampoco es un río. Es un canal, una desviación para el riego, algo así.

-Ya sé que no es el mar, quiero saber si vos sabés cómo es el mar.

-Sí, fuimos de vacaciones cuando era chico, tendría ocho o nueve años.

-¿Sí?

-Es enorme. No me metí, horrible era. Vi cómo

salvaban a una chica que se había muerto.

-No se había muerto.

-¿Qué sabés? Si no la salvaban se moría, te lo juro. Se había ahogado. Estaba toda pálida, en un momento empezó a vomitar agua. Un asco. No era fea, pero después de eso, aunque estuviera bien vestida y peinada era horrible. Era como si siempre estuviera vomitando agua.

-La próxima vez que vayan de vacaciones a la playa me tienen que llevar, no conozco.

Ramiro se rio. Se había quedado quieto para ir a la par de su amigo. Le palmeó la espalda y siguió caminando. ¿Así que el nene no conocía la playa? No importaba, ya les diría a su madre y a Walter de llevarlo la próxima. Empujó a Franco a la izquierda, estaba contento. Franco pisó un montón de algo, blando y crujiente, que le envolvió todo el pie derecho.

-¡Mierda!

Pero no era. Corrió el pie e intentó limpiarlo contra el pasto.

-¡Boludo! ¡Pisaste un pájaro! ¡Sos un boludo!

Miró más de cerca, creyó ver hormigas.

-Ya estaba muerto.

-¿Estás seguro? -siguió caminando- ¡Cómo vas a matar así un pájaro! ¡Teniendo escopeta!

-Callate, ya estaba muerto.

Se quedó quieto al lado de lo que creía la cabeza del animal hasta que su amigo lo llamó. Siguió caminando soporoso hasta alcanzarlo. Ramiro se había parado frente al canal. Franco ya no tenía ganas de escaparse, de repente se dio cuenta de que Ramiro no tenía que matar nada. Que la escopeta a la espalda era una excusa, probablemente no estuviera cargada. Quizás su amigo tenía que contarle algo.

Se sentó en el piso y lo miró hasta que hizo lo mismo. Le preguntó sin verlo:

-¿Qué pasa, Ruso?

Se acordó cuando su madre les leyó los significados de sus nombres.

-Callate, boludo. Corrámonos para que no nos vean los animalitos.

Ramiro: Poderoso en la guerra.

-Pará, quedate. Vos me tenés que contar algo a mí.

Franco: Hombre libre.

-Nada, no jodás. Dale, correte.

Caminó atrás de su amigo. ¿De qué libertad le hablaban si no podía salir corriendo o decirle que no quería ver animales? Se sentaron entre dos árboles, unos arbustos que parecían de frambuesas les tapaban un poco las piernas.

-¿Cuándo es el cumpleaños de Juanma?

-Creo que faltan dos semanas. Nos dijo pero me olvidé.

-Me parece que me le voy a tirar.

-¿A Paula?

-Sí, total no pierdo nada.

-Pará, ¿vos no tenías algo con Mariana?

-No, esa piba es horrible ¡Ahora quiero a Paula!

Franco le dijo que bajara la voz, que los iba a espantar, y se agarró las rodillas.

-¿Te jode? -Ramiro hablaba más bajo-. Franco, ¿te jode?

Se apretó las rodillas, tenía los nudillos blancos.

-El que calla otorga, nene.

-Vayámonos, acá no va a pasar nada.

Se levantaron y caminaron perpendiculares al río. A Franco le preocupaba el transcurso de las siguientes semanas, pero lo que pudiera suceder ahora no le importaba: iban a volver a la casa de Ramiro, se iba a tomar un vaso de agua en la cocina e iban a subir a dormir. Ramiro señaló algo.

-Mirá.

-¿Qué? No veo nada. No hay nada ahí.

-Mirá, hay un zorrito. Miralo.

Pero Franco no miró donde su amigo señalaba, lo vio a él. Parecía que tenía un traje preparado para la ocasión, con su buzo gris favorito y el jean un poco gastado en las rodillas como si hubiera pasado las tardes de toda su vida gateando entre los matorrales, buscando algo.

Franco quería preguntarle qué pensaba hacer, pero no fue necesario. La explosión lo asustó, todo el ruido que estaba haciendo su amigo lo hizo dar un paso atrás. Ramiro se dio vuelta para sonreírle, parecía totalmente deformado.

Fue él quien le dio la escopeta a Franco. Fue él el que caminó hasta su presa. Franco creía que estaba muerta, que iba a poder evitarse el problema.

Ramiro volvió a sonreírle, invitándolo a ser el siguiente. Miró al animal, ese zorro chiquito, ese zorrito gris que después de haber pasado todas sus noches sobre sus cuatro patas buscando alimento se había topado con ellos. ¡Qué mala suerte! ¡Qué destino arbitrario! Pobre zorrito gris, pobre zorro.

-Dale, nene, te lo dejé listo.

Franco vio cómo el zorro se retorció espasmódicamente.

-Franco, te toca. No voy a hacerlo todo yo.

Franco cerró los ojos y volvió a abrirlos. Ramiro seguía en su lugar.

-¡Dale, Franco! ¡Dale, la concha de tu madre!

Ramiro estaba frenético, parecía querer estar bien cerca del disparo.

-No.

-¿Qué no, Franco? ¡Vinimos hasta acá! ¡Dale! ¡No me vas a dejar como el único boludo que mata animales!

-No, no voy a disparar.

-Sí le vas a disparar. ¡Le vas a disparar ahora mismo! Justo acá, mirá -señaló sin convicción un

punto entre el hocico y el pecho del animal-. Lo vas a matar.

-No, no lo voy a matar. No quiero dispararle.

-Lo vas a matar porque es lo que hacen los hombres -Franco lo miró en silencio, no iba a repetirle otra vez lo mismo-. Sos un cagón. Sos un cagón, Franquito. Por eso no podés ni mirar a Paula, por eso Paula nunca te va a dar bola. Por eso ni me cagaste a piñas cuando te dije que me la voy a comer. Sí, Franco, me la voy a comer y vos no vas a hacer nada. Te vas a largar a llorar porque sos un cagón.

-No soy un cagón.

-¿Qué dijiste?

Habló más fuerte.

-Que no soy un cagón.

-Entonces no me hagas decir estas cosas. Nosotros somos amigos, no me hagas decirte esto y dispará. Dale, Franco, dispará de una vez.

Franco movió la cabeza de arriba hacia abajo lentamente, muy lentamente y levantó la escopeta. Ramiro señaló nuevamente un punto vago en el cuello del animal pero Franco no vio ahí, lo vio a él. Analizó su buzo gris y su jean gastado. Sus ojos saltaron de su sonrisa a sus zapatillas sin dejar fuera las manos -con los dedos que se movían como tentáculos- y sus ojos prácticamente cerrados por la mueca.

Y disparó.

Caminó despacio, midiendo sus pasos hasta pararse al lado de su amigo tirado en el suelo, una bolsa grisácea al lado del hermano zorro.

-No me hagas hacer estas cosas. Nosotros somos amigos, Ruso, no me hagas hacer estas cosas.

CATALINA REGGIANI



4.Un cuervo blanco
sigue mi sombra,
no la deja,
no me suelta.

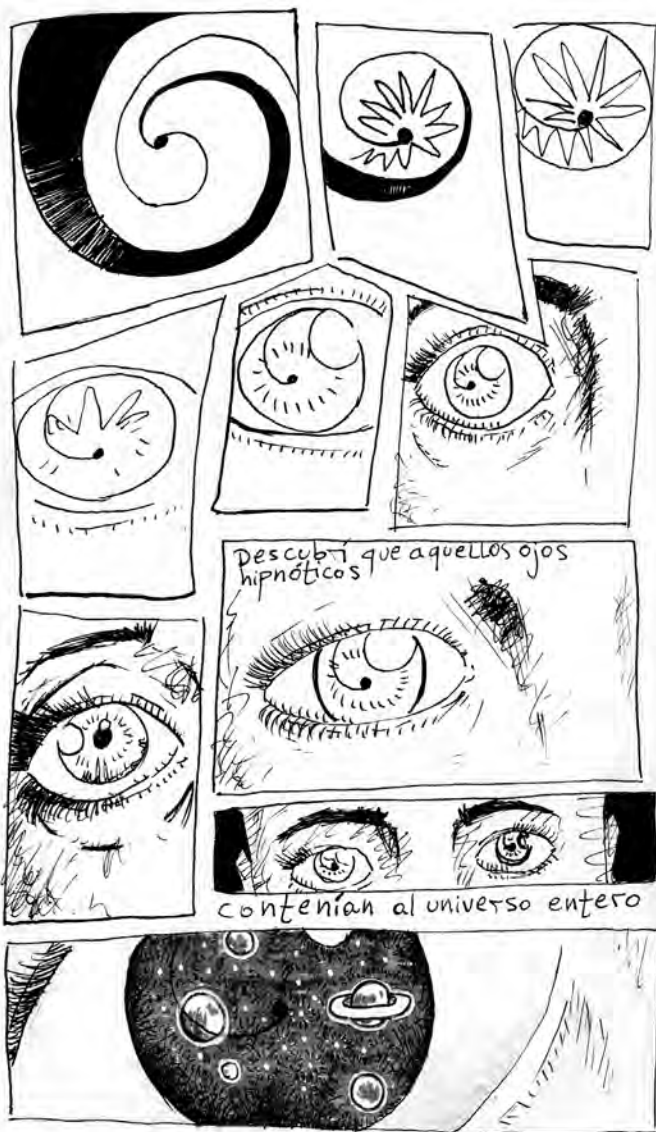
3.Sus ojos de un frío cobre
miran lo más profundo
de mi alma azul cristalina.

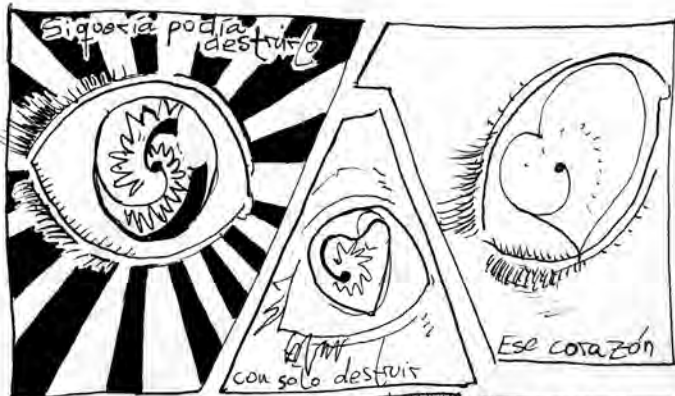
2.Sus alas se abren frente a mí,
como una pared de plumas suaves.

1.Un cuervo blanco es un espejo, me veo.

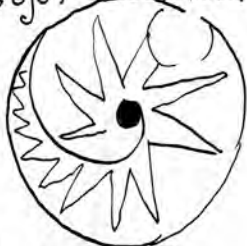
Cero.

MANUEL DOMÍNGUEZ IRIBE





Sus ojos contenían

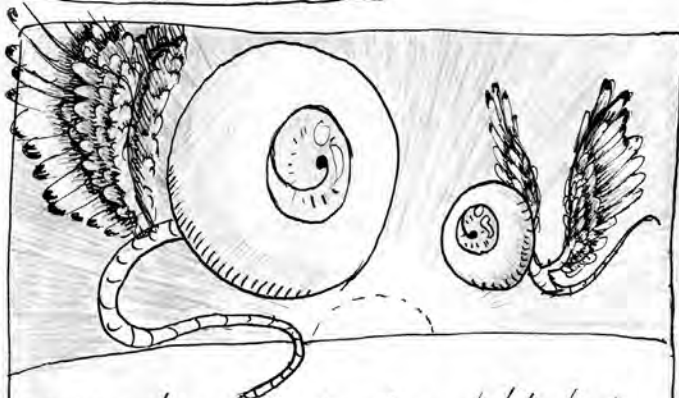


el universo, no él

Por eso

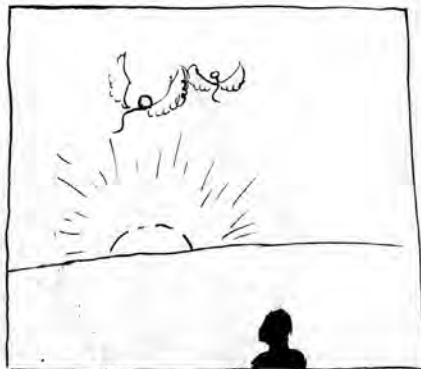
cuando la daga
atravesó el
corazón

En ese instante



sus ojos salieron volando en busca de libertad

volándose de mí,



ÍNDICE

"A tientas": Manual de uso por Gabriel Ruiz.....	5
A propósito de <i>Zoología</i> por Gabriel Ruíz.....	6
Que se agitan como locos ilustración de Aldana Sainz.....	9
La mudanza por Irene Carrera.....	11
Ilustración de Marco Signorelli.....	17
Los veo repetirse por Iván Mindlin.....	18
Cholo ante el mundo de Ana Clara Lovera.....	19
Los lunes de Rosalía Quintana.....	20
Embalsamados ilustración de Aldana Sainz.....	21
Por alguna razón por Iván Mindlin.....	23
El hombre que quería ser grande por Irene Orlandoni.....	24
Ilustración de Micaela Silva.....	25
Agente Kum y Víctor Parchs en Ex-Pirados de Catalina Lorente.....	26
Les pido a las letras por Iván Mindlin.....	34
Que de lejos parecen moscas ilustración de Aldana Sainz.....	35
Zorro gris por Catalina Reggiani.....	37
Ilustración de Mora Zapata.....	43
5 por Manuel Domínguez Iribe.....	44
Sus ojos contenían el universo de Marco Signorelli.....	45

A TIENTAS

Proyecto de Producción Artística

Bachillerato de Bellas Artes

U.N.L.P

Prof. Leonel Fernández Pinola

Prof. Roberto Perez Escalá

Prof. Gabriel Ruiz

Consejo editor:

Eva De Marchi

Pilar Medina

Iván Mindlin

Catalina Reggiani

Tapa: Rodrigo Barrionuevo

Septiembre de 2014